



Un abrazo en inicios de primavera

“No éramos ni amigos ni novios, éramos pequeños intermedios que dolían en el corazón”

Un relato de ficción bien kawaii de Ana Lucía Gorn
Estudiante de Comunicación y Periodismo

Se me acercó, sus ojos me observan fijamente mientras yo bajaba la cabeza. Lo sentía tan cerca y tenía tantas ganas de correr, esa siempre había sido mi forma de protegerme, correr.

- Pues ya debo irme, me están esperando dentro - dije.
- Sí, claro, lo entiendo.

Pero no podía tocar el timbre. Me quedé allí, inmóvil, esperando a que tal vez algo pueda pasar; como en esas películas clichés donde en la despedida se develan los sentimientos más culposos. Sabía que con tan solo un impulso, un solo impulso nada más y ya nada podría interponerse entre nosotros.

- Cuando llame a la puerta saldrán y ya no nos podremos despedir- comenté intentando que así él hiciera algo o que dijera al menos.

Me miró y, con su curva dibujada entre las comisuras de los labios, me cogió entre sus brazos. Sentirme rodeada por él, por su esencia, fue indescriptible, como si tal vez, por un instante, el volver a enamorarme fuese posible. Dos piezas maltrechas podían ensamblarse y volverse una, curando así todas las heridas pasadas. Y entonces recordé lo que hace mucho había leído:

“En ese abrazo no encontré solo otros brazos, te encontré a ti. Me encontré a mí. Encontré lo que estaba buscando. Pues mi cuerpo se entendía con el tuyo, como si fueran los labios de una misma boca, como si hubieran bailado mil canciones, como si mil abrazos antes de los tuyos nunca me hubieran abrazado”

Levanté la cabeza y lo vi una vez más. En ese momento me di cuenta que ya había jugado todas mis cartas, había mostrado mi baraja y tenía miedo a perder de nuevo. Mi corazón tenía tantas dudas pero él las silenció quizá sin proponérselo: un beso en la frente, un único beso. Me sentí una niña pequeña de nuevo y en ese beso había comenzado una promesa, un pacto conmigo misma que lo involucraba a él. Ya no correría, no huiría de él ni de lo que podía hacerme sentir.

- Esto sonará extraño, tal vez muy apresurado, hasta tal vez tonto pero, te voy a extrañar mucho - le dije con lo último de dignidad que quedaba en mí, como si de un soplo, mi orgullo se tornase arrebatado.

Yo, la chica tímida, indecisa, la que ya no creía en el amor, estaba allí, como si en medio de la carretera algún conductor se hubiera dado cuenta de que existía y hubiese reparado piadosamente para darle un aventón a un desolado caminante.

- Sabes que yo también te voy a extrañar y mucho – esforzándome en levantar la mirada del suelo.

Le di un beso en la mejilla, toqué el timbre. Lo que vino solo fue una ráfaga al azar de sucesos en milisegundos: alguien abriendo la puerta, él dándole la mano, cruce de palabras que no entendí, un beso más de despedida, él mirándome por última vez y yo subiendo las escaleras corriendo, con todo ese impulso, con todas las fuerzas que mi cuerpo me permitía.

Por un instante no sabía lo que había pasado, llegué al dormitorio, cerré la puerta y en un rincón junto a la pared, caí. Las lágrimas comenzaron a derramarse sin que yo pudiera manejarlas. Tenía mucho miedo, no quería que nadie me gustase, ni que yo le gustase a nadie, me había declarado cansada ya de sentir, de entregarme. Pero tenía que llegar él, con su gran sonrisa, sus abrazos fuertes, sus besos en la frente y sus comentarios inteligentes.

Cuando me pude componer solté un suspiro culposo como de ludópata volviendo a la partida. El juego había comenzado y conociéndome sabía que el perder era algo inevitable. Entonces caí en cuenta que había empezado a perder:

Él se había quedado con un pedacito de mí.